



El pasado Domingo de Carnaval se reunieron en una comida, que resultó plena de añoranzas y evocaciones, este grupo de los nacidos en la calle Santa María. Allí se recordaron los viejos tiempos a que hacen referencia estas «pinceladas», y se prometió también volver a hacerlo durante los años venideros.

# PINCELADAS

Ramón Múgica Lecuona

Después de haber faltado varios años, volví. Lo hice por monte y muy temprano. Eran albores de primavera, iba sólo y en silencio, soledad y silencio los dos grandes colaboradores cuando uno trata de recopilar detalles y viejos recuerdos.

Rentería de lejos estaba igual, parecía la enorme bestia industrial que dormía en su guarida despidiendo fuertes resoplidos por las fauces de sus oscuras chimeneas. Bajando lentamente, me fui adentrando por sus sinuosas calles, crucé la principal y fui a parar a la Calle Santa María. Me pareció más pequeña. ¡Qué tendran las cosas que de niños las vemos tan grandes y ya de mayores nos parecen más reducidas! Lo que de chico es tu barrio, es tu mundo, de adulto no deja de ser una calleja.

Pero allí ya no estaba en la esquina el enorme bazar de Dani, Patri y Juli las «del Barbero», con aquellos escapa-

rates amalgama de ensortijadas cintas, juguetes, botones, zapatos, peines, hebillas, cordones, cazuelas, bisutería, balones de 0,95, caramelos, etc., ni estaba aquel esquelético y viejo loro, que a pesar de estar rodeado de todo lo que podía haber en este mundo, encima pedía con su voz ronca «O quero chocolate».

Enfrente, y en la vieja casona pintada con un gris horrible, el obrador Saturnino Mendarte, con su tostador de café y sus hornos apagados, bandejas de pastas y caramelos vacíos extendidos y apiñados por doquier... ¡Cuántos pasteles hurtados! ¡cuántas tartas picadas! ¡qué caída y qué ceja abierta al rodar escapando por la desvencijada escalera empujado por niña Isabel una vispera de San Marcos...!

Aunque era alma tempranera, no se había levantado el gruñón de Lázaro el zapatero remendón, hombre que

nos debía tener gran paquete a los niños, o es que nosotros no éramos buenos y por eso andaba alguna vez la lezna por los aires. Muchas veces pienso con qué facilidad nos quedamos con la imagen del hombre bueno u hombre malo, si jamás nos hemos acercado a él con sanas intenciones de diálogo.

Más allí el gran laboratorio, amasijo de hierros, ruedas, relojes, bicis, motos y chatarra de aquel hombrecillo de negro y erizado cabello y poblado bigote, ojos vivarachos, con su boina encasquetada, hombre de pocas palabras y voz atiplada, con algo siempre colgando o unas cuerdas, o una cadena o un cigarro en la comisura de sus labios. Había bajado de un caserío que debió de dejar arrasado, en uno de sus atrevidos experimentos. Se sabía poco, o nada de su origen. Se decía que era un sabio, un gran matemático, un gran electricista, para casi todos los vecinos un bohemio y un inventor. Por algo tenía una motocicleta que andaba con agua caliente. Por sus andares cadenciosos y tambaleantes le llamaban Charlot. Siempre solitario, siempre pensativo... Una tarde aciaga se lo llevaron los municipales porque enjabonado pero totalmente desnudo como Adán marchó por la mitad de la calle, mascullando jaculatorias con una estampa entre sus manos.

Y sigo calle arriba. La enorme alpargata sigue allí. Todavía le estoy viendo entrando a la derecha y sentado en su mesa, hecho un patriarca al abuelo Boni con su txapela y su bata gris, marcando como se marcan los novillos las suelas de las alpargatas que le entregaban los capelladores que venían de «Casas nuevas» allá a la otra parte del río. La amona Josepa asomaba siempre en el dintel de la enorme cocina, invitando a los clientes menudos, que siempre salían con alpargatas nuevas y con una rebanada de pan que ella les daba bien untado en el rico caldo hirviendo de su cocina.

...La esquina de «Kantale» con sus deseados caramelos de cristal, sus hojaldres rellenos y sus velas colgantes...

Pero ya ha amanecido y empieza a desperezarse la calle. Se oyen los hachazos sobre la tabla de la carnicería de Ricardo y Luis el carretero, se prepara a sacar los caballos que castigan con sus cascos el adoquinado y trata de engancharlos al enorme carro.

También un poco más arriba Cruz Los Santos abre su establecimiento de vinos, con su immaculado y largo mostrador, sus cuidados bocoyes, y su característica costumbre de no servir el rico mosto más que en las botellas limpias y relucientes.

La enorme campana repica una y varias veces solemne y majestuosa desde la hermosa torre con sus acompasados y prolongados sonos, al mismo tiempo que el sacristán abre las enormes puertas de la iglesia como destripando el nuevo día.

Yo recojo mi caballete, mi paleta y mis pinturas envolviéndolo todo entre mis recuerdos y añoranzas.

Rentería 10 de Junio 1983